

TEMAS BIBLIOTECARIOS

ESPECIALIZACION DE LAS BIBLIOTECAS

Defecto común de nuestras bibliotecas es el de querer ser enciclopédicas; de ahí sus deficiencias como instrumentos de trabajo pues sus colecciones son incompletas y se repiten las unas a las otras, ofreciendo todas ellas igual abundancia de las mismas obras corrientes y careciendo casi siempre de aquellos libros raros o costosos cuya posesión, es una de las razones de ser de las bibliotecas (1). En efecto, cualquier estudioso puede adquirir para su biblioteca particular la *Histoire de la littérature française* de Lanson o la *Química* de Cury, pero escasos son aquéllos que pueden adquirir la colección completa del *Journal des Savants*, con sus dos siglos de existencia o los numerosos tomos del *Dictionnaire* de Daremberg et Saglio que alcanza precios prohibitivos.

No negaremos que todas las bibliotecas deben poseer, sea cual fuere su orientación, algunas obras de carácter general tales los diccionarios, pero estos libros son pocos y la mayoría de las obras que se publican contienen trabajos referentes a temas determinados que únicamente interesan al que cultiva esa disciplina y que, a menudo, cobran valor sólo si se dispone de la serie completa de ellas, como ser las *Memorias* de los diversos ministerios, las *Actas* de congresos y conferencias, et-étera.

(1) Exceptuamos, evidentemente, las bibliotecas de Facultades, casi siempre especializadas, y las de algunas agrupaciones profesionales como ser los Colegios de Abogados, Centros de Ingenieros, Médicos, etc..

En la actualidad, la enorme producción bibliográfica y los fondos, siempre escasos, de que dispone el bibliotecario, hacen necesario especializarse. No se pueden adquirir todos los libros que salen a luz, ni siquiera es posible adquirir todos los mejores. Razones de espacio y de dinero se oponen a ello, sin contar que la selección es tarea delicada, sino imposible, cuando queda en mano de una sola persona (2). Las colecciones de una biblioteca no especializada serán siempre incompletas y su masa, enorme y heterogénea, será poco manejable a menos de contar con una organización casi perfecta. Este último aspecto del problema ya preocupaba a Renán, quien hace casi un siglo, escribía:

“Si la Biblioteca Nacional [de París] continúa enriqueciéndose de todas las producciones nuevas, dentro de cien años será absolutamente impracticable y su riqueza misma la anulará. De paso diré que sólo concibo un medio de salvar esta valiosa colección y conservarla manejable, es el de clausurarla, y declarar, por ejemplo, que no se admitirá en ella ningún libro posterior a 1850. Un depósito separado sería habilitado para las publicaciones más recientes. Evidentemente hay un límite pasado el cual la riqueza de una biblioteca se transforma en un obstáculo y en un verdadero empobrecimiento por la imposibilidad de orientarse.” (3)

No debemos nunca olvidar que una biblioteca se valora no por el mero hecho de poseer muchos libros sino por la circunstancia de tener éstos interés y de ser accesibles al lector. Tal resultado sólo puede obtenerse con la especialización de las bibliotecas, especialización que trae numerosas ventajas:

Es dable pretender reunir colecciones orgánicas de libros

(2) En cuanto al ascensoramiento por una comisión especial ello es poco realizable en este caso pues una de dos: o se reúnen verdaderos especialistas para cada rama de conocimientos y la comisión es entonces muy numerosa y difícil de formar, o bien se confían vastas secciones a personas que, pese a su mérito y saber, no pueden dominar suficientemente cada una de las partes.

(3) ERNEST RENAN: *L'Avenir de la Science. Pensées de 1848*. 26e éd., París, 1934, pp. 250 y nota 106.

cuidando que las series estén completas. Las clasificaciones pueden ser minuciosas y detalladas. El personal adquiere una fuerte preparación en la disciplina a la que se consagra la institución y a la vez que clasifica mejor los libros que tratan de temas que él personalmente conoce, puede asesorar con eficacia al lector.

Refiriéndose a los trabajos de erudición, Langlois y Seignobos han escrito unas páginas muy acertadas que, pese a su extensión, merecen ser reproducidas, pues se aplican exactamente a nuestra tesis: “no basta, lo sabemos, haber seguido un curso regular de ciencias auxiliares de la historia o haber leído atentamente los mejores tratados didácticos de Bibliografía, de Paleografía, de Filología, etc., ni siquiera haber adquirido, mediante ejercicios prácticos, alguna experiencia personal para estar siempre bien informado, todavía menos para resultar infalible... Los que han estudiado durante mucho tiempo documentos de cierto género o de determinada fecha, poseen con respecto a estos últimos, nociones intransmisibles que le permiten hacer, en condiciones muy superiores, el examen crítico de documentos nuevos, de ese género o de esa fecha, que encuentren. Nada substituye a la *erudición especial*, recompensa de los especialistas que han trabajado mucho.” Y aclarando el concepto, escriben: “¿Qué ha de entenderse justamente por esas *nociones intransmisibles* de que hablamos? En el cerebro del especialista muy familiarizado con documentos de cierta clase, o de determinada época, se establecen asociaciones de ideas, surgen bruscamente analogías ante el examen de un documento nuevo de esa clase o de esa época, analogías que no percibe cualquiera otro menos experimentado, aún cuando disponga, por lo demás, de los repertorios más perfectos. Es que no pueden distinguirse todas las particularidades de los documentos y las hay imposibles de clasificar bajo denominaciones claras, y que no se encuentran, por consiguiente, repertoriadas en parte alguna. Pero la memoria humana, cuando es buena, conserva la impresión de ellas, y una

excitación siquiera débil y lejana, basta para hacer surgir la noción de lo antes visto (4)''.

Por otra parte la especialización de la biblioteca es quizás el medio más eficaz para orientarnos a través de esa selva de papel impreso que amenaza sumergirnos, según la fuerte expresión de Ortega y Gasset. (5).

En una nota que publicara el entonces Embajador argentino en Estados Unidos, Dr. Le Bretón, se bregaba por la especialización de nuestras "librerías" (6). Ampliando esas acertadas sugerencias, podríamos formular el siguiente plan de trabajo para nuestras bibliotecas de Estado:

La Biblioteca Nacional se dedicaría a formar el archivo tipográfico del país, reuniendo en sus anaqueles todas las obras impresas en la Argentina. Trataría de adquirir las que le faltan, especialmente las impresas antes de la institución del Depósito Legal y podría vigilar el estricto cumplimiento de ese depósito (7), formalidad que muchos autores omiten.

En cuanto a los libros editados en el extranjero sólo adquiriría los que atañen a nuestro país.

Por su parte, cada una de las Facultades y Escuelas Superiores trataría de formar una biblioteca referente a su especialidad, adquiriendo las obras nacionales o extranjeras (8)

(4) C. V. LANGLOIS y C. SEIGNOBOS: *Introducción a los Estudios Históricos*. Traducción de la 4ª edición francesa por Domingo Vaca (Biblioteca Científico-Filosófica). Madrid, 1913, pp. 62, 63 y nota.

(5) JOSÉ ORTEGA Y GASSET: *Misión del Bibliotecario*. En "Revista de Occidente". Madrid, mayo 1935, año XIII, N° CXLIII, pp. 121-162. Interesante artículo, inspirado en parte en lo que escribiera Renán en *L'Avenir ed la Science*, (en el capítulo XIII especialmente).

(6) TOMÁS A. LE BRETON: *Sobre la orientación de nuestras bibliotecas. Formula interesantes consideraciones en "La Nación"*, Bs. As., 13 de julio de 1941.

(7) El requisito del Depósito Legal no debería estar a cargo del editor, sino del impresor. De tal manera sería mucho más fácil exigir su cumplimiento, y las sanciones (multas, etc.) contra el negligente dejarían de ser ilusorias.

(8) No compartimos el criterio seguido por nuestra Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, que sólo adquiere para éstas, las obras impresas en la Argentina. La ciencia no tiene frontera y poco importa quien escribió el libro y donde se imprimió, sólo interesa que el libro sea útil.

relativas a la misma. Estas bibliotecas deberían consultarse entre ellas antes de comprar colecciones muy costosas que, pese a su alto valor documental, son poco solicitadas. Se evitaría así el caso de la *Patrología* de Migne cuyos varios cientos de tomos se hallan a la vez en la Biblioteca Nacional y en la Facultad de Derecho de Buenos Aires y que, si bien es una obra indispensable de poseer, es muy raramente pedida, razón por la cual una sola colección en la Capital Federal sería suficiente.

* * *

La realización de estas aspiraciones escapa a las posibilidades del bibliotecario y es por ello que trataremos de demostrar que toda biblioteca puede especializarse, aún con la organización actual.

Las bibliotecas de escuelas y colegios, a más de los textos necesarios a sus profesores y alumnos para el trabajo diario, pueden tratar de reunir la producción bibliográfica edunos y otros. Estas adquisiciones por lo general costarán poco a la institución, pues raro es el caso de un profesor o de un ex-alumno que no quiera donar un ejemplar de sus obras a la casa donde enseña o estudió. Igualmente pueden coleccionarse los trabajos sobre el pueblo, ciudad o región en la cual funciona la escuela, tratando de reunir los libros y, sobre todo, los artículos dispersos aparecidos en diarios y revistas que, a menudo, permanecen ignorados pese a su interés con frecuencia considerable.

Las bibliotecas de entidades deportivas pueden formar interesantes colecciones de obras referentes a las actividades a que se dedican, adquiriendo no solo la producción nacional sino la extranjera que frecuentemente el lector ignora o no puede adquirir (*).

(*) Apuntemos un caso práctico. El andinismo es una actividad que no sólo está adquiriendo gran incremento como deporte, sino que puede revestir capital importancia en un país que, como el nuestro tiene casi

Las bibliotecas del tipo llamado "populares" son las que más deben rehuir el fácil y superficial enciclopedismo. Primeramente deben adquirirse los libros fundamentales, que responden al carácter propio de esas instituciones: diccionarios, autores clásicos, algunas obras serias de vulgarización, etc., para llenar su finalidad de difusión cultural. Luego la biblioteca debe esforzarse en reunir las obras sobre historia y autores locales, las que traten de las producciones o industrias regionales, etc. En muchos casos con una colección seleccionada de manuales y revistas técnicas se puede formar una valiosa biblioteca profesional, la cual será de mayor utilidad que una deshilvanada masa de libros diversos.

Por último y como ya lo dijéramos en otra ocasión ⁽¹⁰⁾, la confección de un archivo en el que se acumularan todos los recortes de periódicos, fotografías referentes a la ciudad o a sus personajes, etc. puede constituir una fuente de documentos para el futuro ⁽¹¹⁾.

* * *

Respecto a la manera práctica de realizar la especialización apuntaremos algunas sugerencias. Primeramente es necesario que el bibliotecario conozca y ame su oficio y que además tenga un suficiente conocimiento de las materias sobre las cuales va a trabajar. Esto, sin olvidar, claro está, que una amplia cultura general es indispensable al bibliotecario y que únicamente ella le permitirá "ser universal en provecho de

la mitad de sus fronteras formadas por montañas. Es, sin embargo, casi imposible encontrar en una biblioteca las numerosas publicaciones hechas por los clubs andinos argentino, referentes a la exploración y conocimiento de la cordillera. Por lo que respecta a las muy interesantes revistas publicadas por los clubs andinos de Chile, ninguna biblioteca las posee y únicamente es dado consultarlas en casa de algún particular!...

⁽¹⁰⁾ J. F. FINÓ: *Elementos de Bibliología*. Buenos Aires, 1940, pág. 182, nota 1.

⁽¹¹⁾ Estas piezas pueden conservarse pegadas sobre hojas de papel grueso que luego se reúnen en carpetas del tipo biblioratos, o bien guardadas directamente en sobres de tamaño apropiado.

una especialidad" según las acertadas palabras del historiador Duruy.

Se deberá luego establecer una lista de las obras a adquirir, lista que formará el plan de trabajo de la casa. Esta lista se redactará en colaboración con profesores de la materia u otras personas capacitadas y teniendo a la vista las bibliografías y catálogos de instituciones similares. Para su confección dos criterios pueden imperar: adquirir *todas* las obras, adquirir únicamente las *mejores*. La primera solución es la más natural y, aparentemente, la más simple, pero en la práctica, salvo casos especiales de tratarse de una ciencia escasamente cultivada, no es posible aceptarla: insume mucho dinero y se arriesga malgastarlo en obras de poco valor ⁽¹²⁾ y que sólo ofrecen interés en el caso, excepcional, de querer hacer una historia de esa disciplina. Se deberá pues tratar de adquirir sólo los mejores libros, o, para hablar con exactitud, los libros realmente interesantes, pese a las dificultades que la tal selección importa ⁽¹³⁾.

Para adquirir estos libros, además de la compra directa en librerías especializadas y a veces en las librerías de lance, se acudirán al canje y a las donaciones. El canje de libro con otras instituciones dará siempre excelentes resultados. Entre establecimientos que persiguen finalidades semejantes se podrán canjear las obras que, por motivos diversos, se posean duplicadas. Con bibliotecas de diferentes orientación, se podrán canjear aquellas obras que no responden al plan de la una y sí al de la otra.

Las reparticiones oficiales (Institutos de Facultades, Direcciones Generales de Ministerios, etc.) publican series de trabajos referentes a temas determinados, constituyendo así colecciones especializadas de gran valor documental. Por lo general los envían gratuitamente a quienes los solicitan, pero

⁽¹²⁾ Especialmente tratándose de temas literarios o de crítica general.

⁽¹³⁾ Puede utilizarse, con precauciones, un registro de pedidos puesto a la disposición del público.

debe vigilarse las remesas y reclamar las obras que no llegan ... o no se remiten.

En cuanto a los autores mismos, muchas veces donan un ejemplar de sus obras (especialmente folletos y tiradas aparte de artículos de revistas) a las bibliotecas que se especializan en similares investigaciones, pero en tal caso no debe omitirse acusar recibo de los mismos.

* * *

Creemos haber demostrado en las líneas precedentes la necesidad y posibilidad de tener bibliotecas especializadas. Esta especialización sería sobre todo conveniente tratándose de las bibliotecas del interior, puesto que permitiría la descentralización intelectual del país. Refiriéndose a las posibilidades de trabajar en provincia, Renan tuvo cierta vez conceptos muy acertados: Decía entre otras cosas: "Sin hablar de la historia local tan llena de interés, una mitad por lo menos de la labor científica puede realizarse por el trabajo de gabinete. En muchas ramas de la ciencia, en la mayoría de los estudios orientales por ejemplo, la consulta de los viejos libros anteriores al advenimiento de los métodos modernos solo tiene una importancia secundaria. A costas de sacrificios bastante limitados, un investigador sagaz puede, sobre una cantidad de temas de primer orden, tener a su alrededor todos los elementos necesarios para trabajos críticos totalmente nuevos. Es asimismo notable que son las ciencias más jóvenes, las que exigen menor aparato y las que pueden mejor cultivarse en ciudades poco ricas en colecciones de libros antiguos. Sea por ejemplo la filología comparada. Con un primer gasto de algunos miles de francos y la suscripción a tres o cuatro publicaciones especiales, se poseerían todos los instrumentos necesarios para esas largas y pacientes comparaciones para las cuales la tranquilidad de espíritu de que se goza en provincia ofrece condiciones tan favorables... Que cada rama de la ciencia tenga sus revistas (y si me fuese permitido formular un

voto desearía que éstas no se multiplicasen en demasía), estos periódicos mantendrían a los lectores al corriente de lo que se hace en cada taller de investigaciones. Que las bibliotecas de ciudades y de facultades contengan las colecciones que los particulares difícilmente pueden poseer. Que cada uno cuide su propia biblioteca como una parte de sí mismo, y la diferencia existente entre París y la provincia respecto al trabajo no existirá más" (14).

Las palabras del maestro nos parecen constituir todo un programa y en su realización un gran rol incumbe a las bibliotecas especializadas. El día en cada una de nuestras ciudades posea buenas bibliotecas locales que reunan no sólo la documentación histórica sobre la región (15), sino también los trabajos referentes a su geología, a sus producciones, etc., la cultura científica del país habrá dado un gran paso.

J. FRÉDÉRIC FINÓ

(14) ERNEST RENAN: *Feuilles Détachées faisant suite aux Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse*. París, 1892, pp 99-101.

(15) Nuestros archivos provinciales suelen con frecuencia revestir capital importancia y un sinnúmero de cuestiones solo pueden resolverse por su consulta.

LA BIBLIOTECONOMIA EN LOS PLANES DE ENSEÑANZA MEDIA. NECESIDAD DE SU ESTUDIO (*)

En general, las bibliotecas públicas existentes en el país, yacen en el más completo estado de abandono. Mal organizadas y peor dotadas aún, carecen de recursos y de personal idóneo para atender eficientemente sus servicios. Diversos factores contribuyen a malograr, entre nosotros, la misión social e intelectual que realizan estas instituciones de cultura en diversos países extranjeros. Los poderes públicos —duele confesarlo— no se han decidido todavía a abordar el estudio de este problema ni han tratado de crear una política bibliotecaria de acuerdo a bases y directivas científicas.

La labor meritísima que, bajo el impulso tenaz y bien orientado de su presidente actual, Juan Pablo Echagüe, cumple la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares es, no obstante, restringida y precaria en muchos aspectos de la materia debido, principalmente, a la escasez de medios financieros y a la falta de una ley orgánica que regule sus actividades de conformidad con las exigencias del momento.

En este sentido nos hallamos lejos, por ejemplo, de la acción proficua desarrollada en diversos países europeos por el Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, órgano que

(*) Disertación pronunciada el 12 de abril del corriente año por Radio del Estado en el programa preparado por la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.

había llevado a término, en los años anteriores al actual conflicto bélico, una sabia política de orientación, asesoramiento, propaganda y fomento del libro y de la biblioteca, sobre la base de principios uniformes de organización técnica y de la necesidad de la formación profesional del bibliotecario. Debemos reconocer, a pesar de todo, que actualmente se advierte entre nosotros un saludable movimiento de inquietud y renovación sobre la materia, promovido por algunas entidades de iniciativa privada, entre ellas —es de justicia recordarlo— el Comité Argentino de bibliotecarios de instituciones científicas y técnicas y el Museo Social Argentino con su escuela anexa de biblioteconomía.

Pero ello, indudablemente, no basta. La tarea más urgente e inmediata debe tender a la creación de centros oficiales de estudios para formar un cuerpo homogéneo y disciplinado de técnicos de probada eficiencia —misioneros de una nueva cruzada cultural— que afronten con entusiasmo el árduo problema de la reorganización de nuestras bibliotecas públicas, de acuerdo a un plan metódico y racional.

Eso es lo que están haciendo hoy algunos países de América como Brasil, que cuenta para ello con un organismo modelo, el *Instituto Nacional do Livro*, y otros como Cuba, Venezuela, Perú y Chile que envían becarios para perfeccionar sus estudios en el extranjero y contratan técnicos para dirigir la reforma de sus bibliotecas más importantes.

En Estados Unidos —país que marcha a la vanguardia en materia bibliotecaria— existen, desde 1887 en que se fundó por iniciativa del célebre Mévil Déwey la primera escuela, más de cuarenta institutos superiores especializados y algunas universidades, como las de Chicago y Columbia en Nueva York, han instituido recientemente el título de doctor en bibliotecología.

“La preocupación oficial y particular ha ido tan lejos —dice Ernesto G. Gietz, de regreso de un reciente viaje a esa nación— que desde la escuela primaria a las aulas de la universidad, reciben los jóvenes las nociones fundamentales de

esta ciencia, así como los consejos indispensables para utilizar eficazmente las bibliotecas y sus elementos". Es, precisamente, lo que falta entre nosotros.

En efecto, como bien se sabe, la educación no consiste tanto en poseer conocimientos, como en saber dónde y de qué modo obtenerlos. De ahí la importancia fundamental de toda actividad dirigida a familiarizar al alumno con las fuentes de información, uso de ficheros, consulta de catálogos, manejo de repertorios bibliográficos, esto es de todo el instrumental erudito y documental que habrá de necesitar para sus estudios e investigaciones futuras.

No debemos olvidar que "la función del maestro se enriquece —dice Ernesto Nelson, en su conocida obra— si es capaz de lograr que sus discípulos aprendan el arte de servirse del libro."

Los educadores de la gran república del norte han comprendido bien el hondo significado de esta verdad elemental y para darle efectiva realización han creado, además de las escuelas superiores especializadas, cursos de biblioteconomía en las escuelas normales para maestros. En estos cursos —de carácter más cultural que técnico— los alumnos reciben nociones elementales sobre organización y administración de bibliotecas, instrucciones para fichado y catalografía de libros y elementos de bibliografía crítica sobre las asignaturas de interés profesional.

En nuestro país nada se ha hecho en este orden de ideas y los múltiples proyectos de reforma de planes de enseñanza media que se han sucedido en los últimos años han descuidado esta cuestión interesante y fundamental. Es oportuno recordar, sin embargo, dos iniciativas privadas que se vinculan a este punto.

En 1916 el Congreso Internacional Americano de bibliografía e historia reunido en Buenos Aires, formuló una sugerencia atinada que se tradujo en este triple voto:

"a) Que las autoridades de la instrucción pública en los países americanos establezcan cursos de bibliología que ense-

ñen el estudio del libro como ciencia (análisis de las obras, crítica, clasificación, etc.); como industria (impresión, encuadernación, etc.); como elemento de biblioteca (ordenación, nomenclatura, distribución, conservación, etc.); como intercambio intelectual entre las diversas regiones de un Estado o entre Estados diversos (canje, traducciones, etc.);

b) Que deben agregarse a los planes de estudio de las escuelas de maestros y profesores, la biblioteconomía como asignatura, de modo que los egresados, los educadores de mañana, sean personas aptas para organizar y dirigir bibliotecas;

c) Que en las escuelas se instruya a los niños sobre la mejor manera de usar los libros y conservarlos”.

En 1938 el diputado socialista Angel M. Giménez presentó a la Cámara de que formaba parte, un proyecto de ley completo y bien inspirado por el que se creaba, en reemplazo de la actual Comisión Protectora, una Dirección Nacional de Bibliotecas Públicas, con más atribuciones y recursos. Se establecía, además, para formar un personal técnico competente, la carrera oficial de bibliotecario. Para ello las distintas Universidades del país crearían escuelas de bibliotecarios de primera clase y sus egresados tendrían derecho de ocupar puestos en las bibliotecas del estado, institutos de enseñanza superior y altas reparticiones técnicas. El Ministerio de Instrucción Pública, por su parte, expediría títulos profesionales de bibliotecarios de segunda clase para desempeñar cargos en las bibliotecas populares creando, a tales efectos, cursos teórico-prácticos de biblioteconomía en las escuelas normales e institutos del profesorado.

Hasta la fecha ninguna de estas dos plausibles iniciativas ha encontrado eco en los hombres que tienen la responsabilidad del gobierno de la enseñanza pública.

Convendría, pues, meditar sobre ellas y recoger la lección de la experiencia propia y ajena para hacer algo útil en este sentido. Concretando, diríamos que la biblioteca es un instrumento de cultura y un factor de educación indispensable en el proceso formativo del alumno. Siendo ello así, como evi-

dentamente lo es, debe establecerse un régimen de cooperación entre la misma y el aula, de tal manera que la enseñanza directa a cargo del profesor se complemente con la tarea de aprendizaje técnico que debe realizar el estudiante para el mejor aprovechamiento de los recursos bibliográficos.

Para lograr eficientemente todo ello es necesario: 1º) reorganizar las bibliotecas de los establecimientos de enseñanza media, equipararlas con muebles y útiles adecuados y dotarlas de material bibliográfico —textos y obras de consulta— rigurosamente seleccionado; 2º) crear en todas las bibliotecas de los institutos oficiales de enseñanza media —especialmente en los del magisterio— una sección escolar y otra infantil para que el niño se habitúe desde un principio en el manejo del libro y adquiera el gusto de la lectura; 3º) incorporar a los planes de estudio de las escuelas normales, la enseñanza de la biblioteconomía que se impartirá en un curso anual teórico-práctico de cuatro horas semanales. Los profesores de dicha materia, que deberán ser, desde luego, técnicos diplomados en la especialidad, tendrán a su cargo, además, la dirección de la biblioteca del respectivo establecimiento.

El Ministerio de Instrucción Pública podría organizar, también, en la Capital y grandes centros, cursos de vacaciones, breves e intensivos, como, por ejemplo, los llamados cursos de verano de la Universidad de Chile, (1) para maestros del interior.

De esta manera se contribuiría a mejorar, en algo por lo menos, la organización de nuestras bibliotecas públicas y a dignificar la carrera profesional del bibliotecario.

DOMINGO BUONOCORE

(1) La Escuela de Verano de la Universidad de Chile dicta cursos anuales de biblioteconomía divididos en dos asignaturas: "Organización y administración de bibliotecas", a cargo de la señorita Magda Arce, egresada de la Escuela de Bibliotecarios de la Universidad de Columbia en Nueva York, y "Catalogación y Clasificación" a cargo del señor Héctor Fuenzalida, director de la biblioteca Central de la Universidad de Santiago, quien ha realizado también estudios especiales sobre la materia en Estados Unidos.

PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE LA BIBLIOTECONOMIA

A pesar de sus antecedentes antiguos, la biblioteconomía es una ciencia moderna como su nombre, y se desarrolla en períodos de unos cincuenta años. Algunos bibliógrafos dicen que el "Philobiblon", del célebre humanista inglés Richard de Bury, publicado hacia 1345, es el primer tratado de biblioteconomía que se conoce porque en un capítulo trata de las condiciones en que deben ser prestados los libros a domicilio. Giuseppe Fumagalli menciona algunos folletos sobre asuntos bibliotecarios que fueron escritos en Italia durante el Renacimiento y después. En 1627 se publicó en París el libro titulado "Advis pour dresser une bibliothèque", de Gabriel Naudé, que tiene un gran valor histórico según parece. Pero los primeros tratados o manuales de biblioteconomía de verdad aparecieron en Alemania, Dinamarca, Bélgica y Francia a principios del siglo XIX. Los libreros alemanes y franceses que concurrían a la feria de Francfort del Meno empezaron a resolver el problema de la clasificación bibliográfica en la segunda mitad del siglo XVI, y en 1810 el librero de París Jacobo Carlos Brunet tuvo un gran éxito con su famosa clasificación de materias que dió a conocer en el catálogo titulado "Manuel du libraire et de l'amateur de livres", pues fué adoptada en seguida en la organización de grandes bibliotecas de Europa y América. Brunet con su catálogo para la venta de libros y el bibliotecario L. A. Constantin con su manual "Bibliothé-

conomie”, publicado en París en 1839 y traducido luego al alemán y al español, hicieron escuela y dominaron en el mundo bibliotecario durante medio siglo.

En 1856 el bibliotecario alemán Julius Petzholdt publicó en Leipzig su “Katechismus der Bibliothekenlehre”, que alcanzó tres ediciones y luego fué modernizado y aumentado dos veces por Arnim Graesel, en 1890 con el título “Grundzüge der Bibliothekslehre” y en 1902 con el título “Handbuch der Bibliothekslehre”, y traducido al italiano, al francés y al español. Durante la segunda mitad del siglo XIX los bibliotecarios estudiosos de Europa y América fueron discípulos de los citados autores alemanes.

En 1876 el bibliotecario norteamericano Melvil Dewey modificó una clasificación bibliográfica de N. Shurtleff y la publicó en el folleto titulado “A classification and subject index for cataloging and arranging the books and pamphlets of a library” que apareció en Amherst (Massachusetts). Esa clasificación bibliográfica triunfó en el Primer Congreso Internacional de Bibliografía reunido en Bruselas en 1895, y gracias a una constante propaganda que ha fanatizado a muchos logró que fuera empleada en la organización de numerosas bibliotecas de los Estados Unidos y de algunas de los demás países de América y de Europa que estaban organizadas por el viejo sistema de Brunet. En la práctica se ha visto el fracaso de la clasificación decimal, modificada y extendida por el Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas en varias ediciones, pero como el caudal de libros de esas bibliotecas ha aumentado mucho y no es posible reorganizarlas sin cerrar sus puertas durante largo tiempo y sin gastar mucho dinero, continúan atadas a esa vieja clasificación bibliográfica que cada vez se vuelve más enredada y deficiente.

Al mismo tiempo que Dewey enseñaba a organizar bibliotecas por el sistema decimal, otro bibliotecario norteamericano, Charles Ammi Cutter, enseñaba en su libro “Rules for a dictionary catalog” a hacer el catálogodicecionario con *subject headings* y miles de reenvíos que complican demasiado la

confección de los ficheros. Las enseñanzas de las monografías de Dewey y Cutter están dominando desde hace cerca de medio siglo en muchas bibliotecas de los Estados Unidos y en algunas de la América latina y de Europa a consecuencia de la tenaz y costosa propaganda que les hacen ciertas instituciones de Wáshington, Chicago y Nueva York. Pero no es posible dejar que se fosilice la biblioteconomía, y como en este siglo los bibliotecarios norteamericanos no han creado una clasificación bibliográfica que reemplace con ventajas al viejo sistema decimal y a las igualmente viejas clasificaciones bibliográficas de James Duff Brown y de la biblioteca del Congreso de Wáshington (1), es fácil prever que la biblioteconomía norteamericana será reemplazada en breve por otra más moderna, así como la biblioteconomía francesa fué reemplazada por la alemana, y la alemana por la norteamericana después de haber dominado alrededor de medio siglo cada una. ¿Y cuál país dominará mañana en el mundo bibliotecario? Todos los que se ocupan de asuntos bibliotecarios saben que después de los Estados Unidos, la Argentina es el único país del mundo que ha creado un sistema bibliotecario moderno, el más moderno, puesto que está todavía en gestación. Por lo tanto puede asegurarse desde ya que la biblioteconomía argentina dominará en América y en Europa en la segunda mitad del siglo XX si hay recursos para convertirla en realidad y ejemplo del mundo y para hacerle una propaganda eficiente.

ALFREDO CÓNSOLE

(1) Henry Evelyn Bliss, en su libro *A system of bibliographic classification*. New York, 1936, presenta una nueva clasificación de las ciencias y no una clasificación bibliográfica como indica el título. Pierce Butler llama *filósofo* a Bliss y no *bibliógrafo*.

TRADICION BIBLIOTECARIA

El respeto de la tradición así como el espíritu de continuidad y la modestia personal, son requisitos indispensables para desempeñarse con eficacia en la profesión de bibliotecario.

Las grandes colecciones de libros, no son, por lo general obra de un hombre, sino de generaciones y frecuentemente de siglos, cada uno de los cuales va aportando su contribución. Si a cada cambio de bibliotecario se quisieran introducir técnicas totalmente nuevas, el desorden sería pronto espantoso. Reorganizar una biblioteca de unos 100.000 volúmenes es tarea que hace reflexionar. ¿Qué decir entonces de aquéllas que llegan al medio millón, como nuestra Nacional o la de la Facultad de Derecho de Buenos Aires o que superan los tres o cuatro millones como las de París, Londres, Berlín o Wáshington f. Un simple cálculo nos dará cabal idea del problema. Sea la tarea de fichar de nuevo una colección de 100.000 obras. Cada obra lleva, en promedio, cinco fichas (autor, título, topográfica y dos por materia). Se requiere, pues, la confección de 500.000 fichas. Ahora bien; un empleado corriente hace unas cincuenta fichas por día, es decir, que rehacer el fichado de nuestra biblioteca insumirá, aproximadamente tres años y medio de trabajo a diez empleados. Sin contar que durante ese lapso de tiempo las colecciones siguen acrecentándose con nuevos volúmenes y que disponer de diez empleados-fichadores está fuera del alcance de las bibliotecas corrientes.

Por otra parte, en el arte de organizar bibliotecas no existen leyes absolutas, racionalmente impuestas, sino simplemente reglas prácticas, fruto de larga experiencia y cuyo principal interés consiste en fijar un punto de vista y asegurar la continuidad de criterio. La adopción de reglas uniformes ha sido llevado a un alto grado en los Estados Unidos y leemos en un libro reciente sobre su organización bibliotecaria: "El rasgo más notable de estos procesos técnicos es su uniformidad. Un ayudante que deja una biblioteca para trabajar en otra está ya familiarizado con la técnica general de ambas, aunque existan pequeñas diferencias en los detalles prácticos. Todas las bibliotecas conservan la mayoría de sus datos en formas de fichas o tarjetas. Todas tienen catálogos que sirven de guía a la colección de libros. Cada tarjeta identifica una de las varias maneras que un libro puede estar catalogado. Una da su autor, otra su título, una tercera, y en varios casos muchas, explican el tema o temas de que trata el libro... Los materiales para uso en las bibliotecas son también de fabricación uniforme, para lograr mayor eficacia y más economía. Algunas bibliotecas muy grandes tienen máquinas para imprimir fichas de catálogo o de pedidos, para encuadernar o reparar los libros deteriorados etc., pero la mayoría compran el material que necesitan de casas que se especializan en fabricar equipos uniformes. Los materiales para encuadernación y reparación de libros también pueden comprarse en estas mismas casas y el visitante a las bibliotecas de Estados Unidos queda sorprendido al ver muebles y equipos exactamente iguales de un extremo a otro del país" (1).

Tal resultado se ha obtenido por la formación profesional de los bibliotecarios realizada en escuelas especiales y por la abundante literatura que sobre el tema se ha desarrollado en Norteamérica.

(1) MABIAN S. CARNOVSKY: *Introducción a la práctica bibliotecaria en los Estados Unidos*. (American Library Association). Chicago, 1941, pp. 100-101.

En Europa, la existencia de establecimientos de enseñanza, tal *l'École des Chartes*, que ha formado generaciones de bibliotecarios, así como la necesidad de practicar uno o más años en una biblioteca de Estado para obtener el título, y la existencia misma de estas grandes instituciones, ha creado una fuerte tradición bibliotecaria, que si bien acarrea algunos inconvenientes cuando llega a transformarse en rutina, ofrece, por otra parte, innegables ventajas.

En la Argentina no hay cursos de bibliotecarios, salvo los recientemente organizados por el Museo Social. Tampoco existe, hablando con exactitud, la carrera bibliotecaria y la mayoría de los nuestros — entre los cuales hay algunos excelentes— son autodidactas.

Los inconvenientes que trae esta situación saltan a la vista. No hablamos de la persona designada para un cargo para el que no está capacitada y en el cual se desempeña mal. No es aquí el lugar de ocuparnos de esta cuestión, pero aun en el caso de quienes se interesan por su profesión, la falta de estudios regularmente cursados suele acarrear serios inconvenientes. Este bibliotecario, sí es algo presuntuoso, se siente tentado de rehacer “*ab ovo*”, de reorganizar, según el vocablo de moda, las colecciones cuya custodia y ordenación le fuera confiada. Olvida las sabias palabras que Graesel escribiera en un libro que desconoce o desdeña:

“En el interés mismo del establecimiento cuya dirección se le confía, el bibliotecario que asume el cargo, no debe tener la pretensión de querer siempre imponer su modo de ver y de rehacer todo nuevamente, dejando de lado, intencionalmente, el sistema aplicado hasta entonces. Procediendo así, arriesgaría, por amor propio mal entendido, el retrasar indefinidamente la organización de la biblioteca. Desgraciadamente sucede muy a menudo que el bibliotecario no sabe apreciar en su justo valor los trabajos realizados por sus predecesores; los condena como insuficientes, concebidos sin reflexión y efectuado sin método, cuando un examen más atento le permitiría reconocer que son el fruto de un pensamiento experimentado

y serio y que han plenamente alcanzado la finalidad para la cual fueron emprendidos. Por consiguiente, un bibliotecario debe evitar el declarar: que el sistema seguido hasta su llegada es sin valor, pasado de moda, bueno para ser puesto de lado, sin haberlo estudiado antes en todas sus partes y sin haber ensayado familiarizarse con él, aplicándolo. A veces es posible mejorar los antiguos catálogos, hasta hacerlos, por así decir. perfectos, lo que economiza gran parte del tiempo y del dinero que una refacción completa habría insumido. Esos antiguos catálogos tienen, además, y en razón misma de los largos servicios que han prestado, la gran ventaja de estar casi totalmente purgados de errores, mientras que los nuevos, pese al cuidado y a la atención que se pone al confeccionarlos, son siempre inexactos y exigen, para ser llevados al mismo punto de perfección, una serie de mejoras que únicamente pueden ser obra del tiempo" (2).

En su afán de reformas e ignorando lo ya hecho, nuestro bibliotecario emprende luego la impropia tarea de resolver nuevamente problemas ya resueltos o cuya solución es imposible, malgasta fuerzas, paciencia, dedicación y el resultado obtenido es deficiente.

Por último, y esto no es menos grave, el individuo llega a ensobecerse y en vez de la simpática figura de un SYLVESTRE BONNARD, surge la del pére SARIETTE, inventor de una clasificación bibliográfica tan perfecta, que únicamente él podía entenderla!...

El través adquiere entonces las proporciones de un verdadero caso clínico. El enfermo, poseído de excitación maniática y de una especie de delirio de persecución, quiere reformarlo todo, rehacerlo todo, crear la ciencia biblioteconómica, considerando que ella, hasta su llegada, no hizo sino divagar y no vacila en creerse el único bibliotecario verdadero del país:

(2) ARNIM GRAESEL: *Manuel du Bibliothécaire*. Traduction de Jules Laude. Paris, 1897, pp. 211-213. Pasaje citado por MANUEL SELVA: *Manual de Biblioteconia*. Buenos Aires, 1939, pp. 239-240.

“On a beau refuter ses vains raisonnements,
Son esprit se complâit dans ses faux jugements;
Et sa faible raison de clarté dépourvue,
Pense que rien n'échappe à sa débile vue” (3)

En estos casos de orgullo profesional agudo, sólo el neurólogo puede intervenir eficazmente, pero para evitar tales extremos, creemos existen dos remedios:

Primeramente la carrera de bibliotecario debería ser una realidad, merced a la creación de cursos oficiales y la formación de agrupaciones profesionales (4). Gracias a ello iríamos formando poco a poco una escuela bibliotecaria argentina que, ante problemas similares, adoptase soluciones semejantes. Esto reportaría, además, mayor facilidad y economía en el trabajo y el público se hallaría menos desorientado al pasar de una biblioteca a otra.

Por su parte, y he aquí quizás lo más importante, el bibliotecario, cualquiera sea el modo como se ha formado, debe esforzarse en desconfiar del hallazgo de soluciones personalísimas cuya aparente novedad atrae al incauto. Por el contrario debe recordar que desde hace siglos existen los bibliólogos y que no es razonable pensar que toda la obra de estos haya sido vana e inútil. Es entonces indispensable leer y respetar las obras de los maestros para acrecentar nuestro saber con el conocimiento de las experiencias pasadas (5).

En estas obras hallamos a menudo las razones por las cuales no se debe adoptar una solución aparentemente conveniente. Del estudio de los clásicos de la bibliografía puede surgir más de una feliz sugestión y su lectura nos da la libertad de

(3) BOILEAU: *Art Poétique*, Chant IV, vers. 65-68.

(4) Se ha formado recientemente en la Capital Federal una “Asociación Cultural de Bibliotécnicos”.

(5) Si cada bibliotecario quiere dejar de lado los resultados adquiridos y comenzar todo de nuevo, comete una incongruencia con su misma profesión, pues ¿para qué conservar libros si no ha de utilizarse la experiencia acumulada que ellos representan?

espíritu necesaria para corregirnos, es decir, para poder realizar un trabajo eficaz.

Y cuando vemos que uno de los grandes bibliólogos del pasado cometió un error, error, que frecuentemente es el mismo en que nosotros íbamos a incurrir, la constatación del yerro, en vez de hacernos desdeñar a su autor, debe ponernos en guardia contra la dulce tentación de creernos infalibles.

A propósito de la magna empresa de terminar los catálogos de las colecciones de impresos de la Biblioteca Nacional de París, Julien Cain (6) ha demostrado los inconvenientes acarreados por la falta de continuidad en los trabajos y por no tenerse en cuenta la experiencia de los predecesores que hubiera permitido sortear las dificultades que ellos habían indicado, y el artículo concluye con estas palabras dignas de meditarse: "Recordar esas experiencias y esas controversias, citar esos ejemplos y esos textos no me ha parecido tarea inútil. La conclusión que se desprende es que en una institución que aparece como un vasto organismo todos los problemas están ligados entre sí. A través de la minuciosidad de los detalles, a lo largo de la exposición de tantos trabajos realizados por hombres cuya memoria debemos honrar, aparece más claramente la continuidad de una institución".

No se argumente aquí que el respeto hacia los maestros traba nuestra actividad, limita nuestras iniciativas y que preconizamos una vuelta al estéril principio de autoridad, tan funesto para la ciencia. Lo que sostenemos es otra cosa. No debemos adoptar ciegamente las soluciones e ideas de nuestros antecesores, pero debemos conocer lo que han producido para beneficiarnos con sus enseñanzas y aprovechar los resultados obtenidos a fin de continuar la obra emprendida, corrigiéndola cuando tengamos sólidas razones para ello, pero sin apasionarnos por lo novedoso por el mero hecho de ser novedoso. Claude Bernard, renovador de la ciencia médica, es decir de una de

(6) JULIEN CAIN: *A la Bibliothèque Nationale. Autour du catalogue*, en "Revue des Deux Mondes", París, 15 de marzo de 1936, pp. 440-457.

las disciplinas en las cuales los progresos son más veloces y en que las técnicas envejecen más rápidamente, ha escrito sin embargo unas páginas luminosas para poner de relieve la diferencia que hay entre el ciego acatamiento a las ideas de los predecesores y el respeto que deben merecernos las figuras de los grandes investigadores del pasado y concluye: "Los grandes hombres han sido comparados a gigantes sobre cuyas espaldas han trepado pigmeos que no obstante ven más lejos que ellos. Esto quiere decir sencillamente que la ciencia realiza progresos después de esos grandes hombres y precisamente a causa de su influencia, de donde resulta que sus sucesores tendrán conocimientos científicos adquiridos más numerosos que lo que aquellos grandes hombres poseían en su tiempo, pero el gran hombre es siempre el gran hombre, es decir el gigante". (7).

Puedan estas palabras servirnos de lección de modestia y moderación.

J. FRÉDÉRIC FINÓ

(7) CLAUDE BERNARD: *Introduction à l'Étude de la Médecine Expérimentale*. 12e ed., Paris, 1924. II, § IV, pp. 73-74.

